

Reflexiones, pensamientos e historias

14 de marzo

¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciais y no poseéis? Matáis. ¿Envidiais y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra. No tenéis porque no pedís.

Sant 4,1-2

Cuando los seres humanos queremos algo que le pertenece a otro, llevados por la envidia y la ambición, somos capaces de abusar del poder que tengamos para obtenerlo o para evitar que los demás lo tengan. Entre países puede suceder lo mismo, sin embargo, nada justificaría una declaración de guerra para quitarle a una nación lo suyo. ¿Quién en su sano juicio puede permitir que le quiten sus bienes sin justificación alguna? ¿Quién permitiría que lo violenten sin razón? Protegerse de la desmedida ambición de alguien que quiere arrebatar lo que no es suyo va más allá de poner la otra mejilla, pues no se puede vivir amenazado por la ambición del otro. En ese caso, sobreponerse y defenderse estaría justificado, pues el derecho a lo propio no estaría siendo respetado. Y para que sea una defensa legítima es menester analizar de fondo el origen y las causas de una guerra, así, podríamos de alguna manera no caer en satanizar a algunos y aplaudir a otros.

Desde y más allá de lo dicho, habrá que tener en cuenta que en una guerra nadie sale victorioso, porque aún, el llamado país victorioso, cargará sobre sus hombros a todos aquellos muertos que causó, aunque parezca que lo haya hecho en forma legítima y justificada. Y es que la avaricia y la explotación del hombre por el hombre parecieran la moda de los países poderosos. Buscan, de varias formas, someter a todos aquellos que consideran débiles. Incluso, se aprovechan de las guerras intestinas de esos países. Guerras que tienen a la base envidia y ambición. Como el caso de México, que en un solo día generó el 90% de las muertes que la guerra entre Rusia y Ucrania ha generado, pero esta en un lapso de tiempo mayor.

La violencia no cesará mientras existan seres humanos que desean lo que el otro tiene y lo obtienen por la fuerza. Máxime cuando no existen políticas de seguridad pública precisas, pues pareciera que el ciudadano común es el enemigo porque se le endurecen leyes y, a los delincuentes, en ocasiones, al amparo de los derechos humanos, salen ilesos de las atrocidades que cometen.

Si no estás dispuesto a poner la otra mejilla cuando te golpean una, al menos no tires el primer golpe, ni lo provoques.

